

MARTÍN FERNÁNDEZ DE NAVARRETE, HISTORIADOR DE LA MARINA ESPAÑOLA (1765-1844)

Carlos MARTÍNEZ SHAW
Catedrático de Historia Moderna (UNED)

Hay que empezar diciendo que Martín Fernández de Navarrete perteneció a aquella distinguida generación de marinos ilustrados que combinaron perfectamente sus obligaciones como militares y su vocación investigadora al servicio de la expansión del conocimiento científico en su patria y en todo el mundo. Su dilatada vida, además, le permitió pasar con relativa facilidad de la época de las Luces a la época de la revolución liberal, marcada por las graves rupturas de la invasión napoleónica, la entronización de José I, la llamada Guerra de la Independencia, la convocatoria de las Cortes de Cádiz, la promulgación de la Constitución de 1812, el retorno de Fernando VII y la implantación de un régimen neoabsolutista, y el definitivo triunfo del liberalismo con Isabel II no sin antes atravesar un nuevo periodo bélico, el de la primera guerra carlista. Moviéndose en esa delicada coyuntura de la historia España, Martín Fernández de Navarrete fue un marino ejemplar y la primera gran figura de la historia marítima española.

Perfil biográfico

Martín Fernández de Navarrete y Jiménez de Tejada nació en Ábalos, en la Rioja (8 de noviembre de 1765), y murió en Madrid (8 de octubre de 1844). Su educación se inició con las clases de gramática latina recibidas en Calahorra, a cargo del sacerdote Ildefonso Caballero. De ahí da un considerable salto cualitativo pasando a los once años a integrarse en el Real Seminario de Vergara (o Bergara), fundado en 1765 por la Real Sociedad Bascongada de Amigos del País, donde adquiere una sólida formación tanto en letras como, sobre todo, en ciencias. Entre las primeras destacan las clases de latín, francés, geografía e historia, dibujo, filosofía, humanidades, literatura, música y, con carácter más práctico, baile, práctica considerada esencial para la correcta presencia de un caballero en sociedad. Entre las ciencias destacan las enseñan-



Martín Fernández de Navarrete. (Museo del Prado, Madrid)

zas de física y química y, con un mayor nivel técnico y especializado, las de álgebra, trigonometría, cálculo integral y diferencial y física experimental. Su notable aprovechamiento se puso de manifiesto al obtener en 1779 el premio extraordinario de las Juntas celebradas por la Real Sociedad Bascongada.

En el Real Seminario disfrutó de un profesorado de excepción que se contaba entre lo más granado de la intelectualidad del momento. Así, en química recibió las enseñanzas de Louis Joseph Proust y Pierre François Chavaneau, los dos famosos sabios franceses puestos al servicio de Carlos III. En mineralogía trabajó con Fausto Delhuyar, una de las más señeras figuras de la disciplina de todos los tiempos. En matemáticas siguió las clases de Jerónimo Mas, discípulo nada menos que de Benito Bails. Especial influencia ejerció en su formación Juan Lorenzo de Beni-

túa Iriarte, profesor de humanidades, tío de Tomás de Iriarte, con quien mantendría una asidua correspondencia hasta el final de sus días, a quien dedicó una composición latina y castellana en elogio de su *Poema de la música* y quien sería su enlace para conectar con algunos de los más celebrados representantes de las Luces, como el propio Tomás de Iriarte, Félix María de Samaniego, Leandro Fernández de Moratín, Gaspar Melchor de Jovellanos, Juan Meléndez Valdés o Alexander von Humboldt. De ahí que Martín Fernández de Navarrete escribiese en 1784 un conocido *Elogio póstumo* en homenaje al conde de Peñaflores, que es en realidad un homenaje al Real Seminario de Vergara, de cuyos integrantes declara: «A vosotros soy deudor de mis Luces, y si un día me es permitido el acceso a alguna gloria, sois vosotros los que me habéis abierto el camino».

Sin embargo, algunos años antes de escribir estas sentidas palabras en honor del Seminario de Vergara, Martín Fernández de Navarrete había abandonado sus aulas para dar principio a su formación como marino. En 1780 había ingresado en la Real Compañía de Guardias Marinas de Ferrol y se había puesto a las órdenes, como su jefe inmediato, de Francisco de Paula Jovellanos, hermano del gran ilustrado. Esta iniciación en la carrera militar le lleva a su primer combate naval, a la temprana edad de dieciséis años, sirviendo en el navío *San Pablo* (al mando del capitán Luis Muñoz de Guzmán), que

formaba parte de la escuadra de Luis de Córdoba durante la campaña del canal de la Mancha contra Inglaterra, escuadra con la cual navegaría, ahora bajo el mando de José de Mazarredo —con quien trabaría fuertes lazos de amistad—, participando en la brillante acción de las Azores contra Inglaterra (agosto 1780) y en el socorro de la escuadra hispanofrancesa que protegía un convoy de Tierra Firme. A continuación intervendría en el frustrado asedio de la plaza de Gibraltar, junto con el que desde entonces sería amigo íntimo, el también renombrado marino e intelectual José Vargas Ponce, presenciando el desastre en la acción de las baterías flotantes (octubre 1782). Seguidamente participaría en la famosa batalla de Cabo Espartel (20 de octubre del mismo año), siendo ascendido a alférez de fragata. En 1783, firmada la paz de Versalles, pudo disfrutar de una licencia, parte de la cual la pasó en Madrid disfrutando del trato con la élite ilustrada del momento: Gaspar Melchor de Jovellanos, Tomás de Iriarte, Leandro Fernández de Moratín. Al año siguiente tiene que volver a embarcarse, esta vez en la fragata *Santa Casilda* (al mando de Antonio Escaño), con la cual patrulla las aguas del Mediterráneo antes de volver a reunirse con José de Mazarredo, que se presentó en Argel con dos naves y dos fragatas para conducir la misión diplomática que llevaría a la firma del tratado de paz con el dey de aquella regencia en 1786.

Sin embargo, su precaria salud y sus amplios conocimientos hacen que pronto le releven de ciertos servicios de armas y le encarguen en cambio determinadas tareas intelectuales, con lo cual su vida transcurrirá entre las armas y las letras durante los años 1786 y 1796, fecha a partir de la cual Navarrete se decantará por la investigación histórica al servicio de la Marina, una tarea que ya no abandonará nunca. Así, en 1786 queda adscrito como ayudante a la Compañía de Guardias Marinas de Cartagena, donde emplea su tiempo en escribir para el *Semanario Literario* de la localidad, pero sobre todo para proseguir sus estudios bajo el magisterio de Gabriel Císcar, uno de los grandes nombres de las matemáticas y del arte de la navegación, quien le imparte clases de matemáticas sublimes aplicadas a la astronomía, la navegación, la maniobra y la arquitectura naval.

Desde 1789 y hasta 1793 se abre un dilatado periodo en que el marino recibe el encargo de dedicarse exclusivamente a la investigación, tras una propuesta de otro gran marino ilustrado y celebrado científico, José Mendoza Ríos, que lo recomienda al baillío Antonio de Valdés, que ejercía desde 1787 el cargo de secretario de Estado de Marina y quería organizar una selecta biblioteca en la Real Isla de León. El marino sevillano traza las líneas generales de un ambicioso plan de investigación que, con algunas variables, será el que llevará a cabo Martín Fernández de Navarrete. Serán cinco años de trabajo recopilando materiales para la historia marítima española en diferentes bibliotecas y archivos, públicos y privados, primero en Madrid (Real Biblioteca, Estudios de San Isidro, varias bibliotecas nobiliarias) y en El Escorial durante los años 1790 y 1791, y después en el Archivo General de Indias, recién instalado en Sevilla, donde dirige un equipo a cuya cabeza figura su principal colaborador, José de Basterrechea, que explorará también con aprovechamiento durante varios

meses del año 1793 los archivos hispalenses de los conventos de San Pablo, San José y otros, así como la magnífica biblioteca del conde del Águila. En junio de 1793, Martín Fernández de Navarrete recibe la orden de trasladarse al departamento de Cádiz. En 1794 lo vemos embarcado en el navío *Reina Luisa*, desde donde expide órdenes de continuar la tarea a sus colaboradores, al tiempo que da cuerpo a la idea de crear un archivo general de la Marina similar al Archivo General de Indias, hasta que la comisión es cancelada oficialmente en junio de 1795, cerrándose así este gran proyecto: una excepcional expedición científica por archivos y bibliotecas que, junto a otros hallazgos, le había permitido localizar diversos legajos con documentos inéditos de los viajes colombinos, entre ellos los diarios del primero y el tercero de los viajes del Almirante en las copias de fray Bartolomé de Las Casas. Por estos años se ha ganado el cariñoso sobrenombre de «Merlín de los apeles».

En el mismo periodo, Martín Fernández de Navarrete ha ingresado en la Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País, para la que escribe (y publica el mismo año de 1791) un *Discurso sobre los progresos que puede adquirir la economía política con la aplicación de las ciencias exactas y naturales, y con las observaciones de las sociedades patrióticas*, donde muestra por primera vez su inclinación por los títulos prolijos —por otra parte, tendencia muy propia del Antiguo Régimen— y donde desarrolla una reflexión anterior a la que hiciera (en 1795) Gaspar Melchor de Jovellanos sobre la Ley Agraria y que, en la autorizada opinión de Gonzalo Anes, va más lejos que la del ilustrado asturiano en su crítica a los mayorazgos:

«Los mayorazgos —sentencia el marino riojano—, porción distinguida de la nobleza y del poder del Estado, se hacían tan gravosos y perjudiciales por la calidad de sus enormes caudales vinculados, como por la altanera ociosidad en que vivían y por el fiero desdén con que miraban a los agentes propios de los beneficios que disfrutaban con aprecio. Debiendo por su autoridad influir en la cultura y alivio del pueblo, sólo contribuían con su ejemplo a perpetuarse en su adormecimiento, y a arraigar las envejecidas preocupaciones que se oponían a su mismo interés y prosperidad».

Este interés por los temas económicos, tan propio del pensamiento ilustrado, hará de nuevo su aparición durante el reinado de José I, cuando escribe (en 1811) una segunda memoria sobre la conveniencia de las desamortizaciones, esta vez ligada a una de las preocupaciones más presentes en la Marina: la provisión de maderas para la construcción naval. Sus *Reflexiones sobre los montes de Segura de la Sierra y sobre las ventajas que resultarán al Estado de convertirlos en propiedades de particulares* se sitúan en la misma onda del escrito publicado veinte años atrás: el Estado era incapaz de recuperar los montes y solo el interés particular podía garantizar la conservación y el progreso de aquella riqueza forestal.

Estas actividades, como ya indicamos, se vieron interrumpidas, por última vez, por el retorno, en 1793, a las operaciones marítimas durante el periodo de la guerra contra la Convención. Martín Fernández de Navarrete embarca en el

navío *Purísima Concepción* para participar, a las órdenes del ya famoso marino Juan de Lángara, y después del bombardeo de las posiciones francesas en Colliure y Port-Vendres, en uno de los hechos más notables de aquella guerra: la defensa de la plaza de Tolón, donde tanta trascendencia tuvo a favor de las fuerzas revolucionarias la acción de Napoleón Bonaparte. Ascendido a capitán de fragata, interviene en el bloqueo de los barcos franceses en el puerto de Rosas, acción que le vale su nuevo ascenso a capitán de navío en 1794. Y patrullando las costas de Cataluña, a bordo del navío *Reina Luisa*, termina prácticamente la vida naval de Martín Fernández de Navarrete.

Sin embargo, y como veremos detalladamente más adelante, ya desembarcado pero siempre marino, ostentará diversos cargos en la Secretaría de Marina, participará activamente en la creación del Instituto Hidrográfico de Madrid (desde 1796) y será nombrado, por último, ministro contador fiscal del Supremo Tribunal del Almirantazgo poco antes de la invasión francesa (en 1807).

Antes de referirnos a la siguiente etapa de su vida, debe destacarse un hecho relevante. Martín Fernández de Navarrete estuvo al lado de la flor y nata de los oficiales ilustrados más influyentes de la Armada española de finales del Antiguo Régimen. Hemos citado sus nombres: Antonio Escaño, José de Mazarredo, Gabriel Císcar, José Mendoza Ríos, José Vargas Ponce y Juan de Lángara. Precisamente este último lo tomará bajo su protección, nombrándolo su ayudante e incorporándolo a su secretaría personal tras ser promovido a capitán general del departamento de Cádiz en 1795. Poco más tarde, a finales de 1796, con Lángara ya elevado al cargo de secretario de Estado de Marina, Martín Fernández de Navarrete, que sigue siendo su ayudante y ahora oficial tercero de la Secretaría, es designado (como ya adelantamos) para la empresa de crear en Madrid el Depósito Hidrográfico, junto a otras figuras bien conocidas como José Espinosa y Tello, quien asumió la dirección hasta la llegada al trono de José I, momento en que se retiraría a Cádiz, dejando paso en dicha función a Felipe Bauzá, quien, exiliado a su vez en 1823 tras el fin del Trienio liberal, dejará el cargo en manos de Martín Fernández de Navarrete, que lo ejercerá hasta 1844.

Su relevo de la actividad naval abrió para el marino una etapa de mayor sosiego personal, que duró hasta la crisis abierta por la ocupación napoleónica. En esos años desarrolla algunas actividades entre administrativas y técnicas, al tiempo que realiza algunos de sus primeros trabajos científicos, lo que le vale el ingreso, con diversos títulos, en las más prominentes instituciones académicas de la corte: miembro de la Real Sociedad Matritense de Amigos del País (como ya señalamos) y de número de la Real Academia Española, académico supernumerario de la Real de la Historia, miembro de honor de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. Es también la ocasión para contraer matrimonio (en mayo de 1797) con la murciana doña Manuela de Paz y Galtero, con la que tiene cuatro hijos: Antonio Gervasio, María Micaela, María Concepción y María Luisa.

Esta situación de calma en su vida personal y profesional se ve bruscamente alterada por la crisis de 1808, que provoca la salida de España y las sucesi-

vas abdicaciones de Carlos IV y Fernando VII y la entronización de la nueva dinastía bonapartista en la figura del rey José I, más la aparición del amplio movimiento de resistencia antifrancés que sacude al país y que se encarna en la Junta Suprema, instalada en Sevilla y trasladada a Cádiz, que se convierte en la representante del partido de los patriotas que defienden la soberanía de los Borbones. En esta tesitura, Martín Fernández de Navarrete se pronuncia a favor de los patriotas y, pese a los esfuerzos de su antiguo protector José de Mazarredo que, en su condición de ministro de Marina de José I, le ofrece un puesto en el Consejo de Estado y el cargo de intendente de Marina, rehúsa la colaboración con el gobierno afrancesado y acepta solo un nombramiento menor: la dirección de los Reales Estudios de San Isidro, impelido por sus necesidades económicas. En cualquier caso, también termina abandonando Madrid y trasladándose a Cádiz, donde atiende algunas comisiones que le son encargadas, como la redacción de una *Noticia de todos los españoles que han escrito de la Real Armada desde el año 1750*.

Tras la retirada francesa y el regreso de Fernando VII, que lleva aparejado el retorno al absolutismo, Martín Fernández de Navarrete, que ha sido encargado de redactar un discurso de bienvenida al soberano, reemprende con mayor dinamismo su actividad intelectual, muy conectada con las instituciones académicas con sede en Madrid. Así, será secretario de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando (entre 1815 y 1834), académico de número de la Real de la Historia (desde 1815, ostentando sucesivamente los cargos de censor y tesorero, y desde 1825 y hasta su muerte, el de director de la misma, con seis reelecciones seguidas) y, por último, bibliotecario perpetuo de la Real Academia Española, con derecho a vivienda, situada en la calle de Valverde, que será su domicilio familiar desde 1817 hasta su fallecimiento.

A partir de 1833, y tras la instauración del liberalismo en nombre de Isabel II, compatibilizó su labor intelectual con diversos cargos políticos de gran relieve, como los de consejero de Estado (ejercido desde los primeros días de la regencia de María Cristina), prócer del reino (nombrado en 1834) y senador perpetuo por la Rioja, representación que ostentó desde 1837 hasta su muerte. A este respecto debe señalarse su temprana intervención, realmente decisiva, en la adquisición por parte de la mencionada circunscripción riojana de su condición provincial en el momento en que, durante el Trienio liberal, se trabajaba en la configuración de la división territorial de España. Martín Fernández de Navarrete se implicó publicando en Madrid en 1821 una obra bajo el pseudónimo de «Justo Patricio de España» y con el título de *Juicio crítico de la exposición dirigida al Congreso Nacional por unos apoderados de Soria para que no se altere el estado presente de sus provincia y capital. Carta de un riojano a un diputado a Cortes en la que se ilustran con este motivo varios puntos históricos y geográficos*. Como se deduce claramente, el escrito exponía argumentos contrarios a las pretensiones sorianas de mantener incólume la situación heredada y a favor de la personalidad propia geográfica e histórica de la Rioja, circunstancias estas que la hacían acreedora al estatuto de provincia de pleno derecho. Como así fue, ya que el real decreto de 27 de

enero de 1822 aceptaba la creación de la provincia de Logroño (denominación obligada por la decisión de designar a las provincias por el nombre de su capital), que incluyó los territorios históricos de la Rioja incluso después de las ligeras modificaciones producidas hasta llegar a la configuración definitiva.

También es el momento de la inserción del erudito marino en el mundo académico internacional, como demuestra la mera mención de las instituciones que le brindaron su acogida: el Instituto de Francia, el Instituto Histórico de Río de Janeiro, la Academia de San Lucas de Roma, la Academia de Ciencias de Turín, la Academia de Berlín, la Academia de Geografía de París, la Academia de Geografía de Londres, la Sociedad de Anticuarios de Copenhague, la Sociedad de Anticuarios de Normandía y la Sociedad Filosófica de Filadelfia. Para cerrar este capítulo de reconocimientos, baste citar los nombres de sus contertulios y sus corresponsales habituales, entre los que, para abreviar, señalaremos solamente, entre lo más encumbrado de la intelectualidad internacional, a Alexander von Humboldt, William Prescott o Washington Irving.

Martín Fernández de Navarrete murió enfrascado en sus trabajos y rodeado de documentos, libros y apuntes en su casa de la calle de Valverde el 8 de octubre de 1844, poco antes de cumplir setenta y nueve años, a consecuencia de un catarro pulmonar. Sus restos mortales reposan, junto a los de su esposa, en el panteón familiar de la iglesia parroquial de Ábalos, desde 1852, cuando, siguiendo sus últimas voluntades, fueron trasladados de Madrid a su pueblo natal. En cuanto a su imagen, tras posar en un primer retrato para el pintor valenciano José Ribelles y Felip, más tarde, en 1837, cuando contaba setenta y un años, el también valenciano Vicente López le hizo el retrato que ha servido para conservar su efigie (ataviado con el uniforme de la Marina y con la mano izquierda apoyada sobre algunos de sus libros), aunque se ha difundido más la copia ejecutada por Francisco Díaz Carreño en 1881.

Su vida intelectual fue extraordinariamente fecunda, por lo que su legado científico es también de gran envergadura. Para poner un poco de orden en su obra, hablemos primero de su labor institucional en las reales academias, después de sus escritos literarios y filológicos (conectados con sus trabajos en la Real Academia Española) y, finalmente, de sus grandes obras históricas, que le convierten en el verdadero artífice del nacimiento en España de la historia de los descubrimientos y la historia marítima en general.

Labor académica institucional

De su intensa y prolongada relación con la Real Academia Española debe destacarse su propio discurso de ingreso, pronunciado en 1797 con el título de *Sobre la formación y progreso del idioma castellano, y sobre la necesidad que tienen la Oratoria y la Poesía del conocimiento de las voces técnicas o facultativas*. Sin embargo, no puede dejar de resaltarse su colaboración activa en muchas otras tareas, como la preparación de la muy renovadora edición octa-

va de la *Ortografía* (aparecida en 1815 y que constituyó un verdadero hito para la fijación de las normas ortográficas de la lengua castellana), además de la intervención en diversas publicaciones institucionales, como, concretamente ciñéndonos a la materia filológica, en la Gramática, el Silabario y las diversas ediciones del Diccionario. En el terreno literario, colaboró con Diego Clemencín en la edición del *Quijote* de 1819, aunque los críticos han advertido algunos descuidos en la fijación del texto atribuibles a uno u otro de los autores. Asimismo continuó la *Colección de poesías castellanas anteriores al siglo XV*, la gran obra llevada a cabo por Tomás Antonio Sánchez entre 1779 y 1790. Y, finalmente, fue el inspirador y el artífice de la puesta en marcha de la novedosa Colección de Autores Clásicos, tarea encomendada a una comisión integrada por el propio académico y marino al lado de Francisco Antonio González, Eugenio de Tapia y Agustín García de Arrieta (a los que se une Diego Clemencín), que elabora en 1817 un «método y forma en que se ha de hacer la colección», tras confeccionar un listado de futuras publicaciones que incluiría libros de «estilo familiar», poetas, libros de entretenimiento, historiadores, escritores místicos y autores clásicos traducidos del griego y el latín.

Su contribución a la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando fue menos relevante, a pesar de ostentar los cargos de secretario, más tarde consiliario (1824) y, finalmente, viceprotector (1841). El mejor testimonio de su labor es el volumen (publicado por Ibarra en Madrid en 1832) del *Resumen de las Actas de la Academia de San Fernando desde 1808. Leído en la Junta Pública que presidió el Señor Rey Don Fernando VII el 27 de marzo de 1832*, en el que puede observarse la escasa actividad de la corporación, pero en el que se encuentran las cuidadas necrológicas del secretario, dedicadas a académicos tan ilustres como Gaspar Melchor de Jovellanos, Juan Agustín Ceán Bermúdez o Isidoro Bosarte, y a artistas tan renombrados como Mariano Salvador Maella, Juan de Villanueva o Francisco de Goya. Además, se ha insistido en que durante el transcurso de su actividad institucional el marino brindó su protección, en inteligencia con otros académicos, a pintores como el ya citado Francisco de Goya o José de Madrazo.

Finalmente, en la Real Academia de la Historia, a la que están vinculados lógicamente sus trabajos de índole historiográfica, no solo escribió mucho, sino que se dedicó con el mayor afán a la conservación e incremento de sus colecciones, mediante el acopio de documentos, testimonios arqueológicos y piezas numismáticas y mediante el fomento de la investigación. El mejor ejemplo de este programa de expansión de los materiales y los estudios históricos puede ser el completo *Plan de trabajo para el trienio 1835-1837*, donde se sistematizaban las tareas que debía realizar la Academia, que eran las de continuar con la preparación de las Crónicas de Fernando IV y Enrique IV hasta su conclusión y entrega a la imprenta, proseguir la publicación de las Actas de las Cortes de Castilla y de las obras de Alfonso X el Sabio (ahora la *Crónica General de España*), seguir con la elaboración del índice de los manuscritos de la corporación y proceder al examen de las disertaciones y los discursos que habían de incluirse en el volumen octavo de las Memorias de la

Academia. Por último, cuando llegara la ocasión debía publicarse en su integridad la *Historia natural y general de las Indias* de Gonzalo Fernández de Oviedo, empresa que no se vería culminada sino tras su muerte, en 1851, cuando apareció la edición de la Academia con el estudio introductorio de José Amador de los Ríos.

Obras sobre materias literarias

Martín Fernández de Navarrete no solo se interesó por la historia marítima, que constituye el grueso de su contribución intelectual, sino también por la historia de la literatura, en la que produjo toda una serie de obras notables, aparte de mantener un gusto por la creación poética que cultivó en sus ratos libres pero a lo largo de toda su vida, utilizando el nombre literario de «Mirtillo» (*Recreaciones poéticas o poesías varias*). Así, por un lado, escribió una breve biografía de su amigo el fabulista Félix María de Samaniego, aunque hoy día se cuestionan los datos vertidos por el ilustre marino, aduciéndose en su descargo las pocas facilidades que le brindó el biografiado, reacio a la ejecución de la empresa. Del mismo modo, su afición al género le llevó a escribir en fecha temprana (1782) un *Tratado y conocimiento de la fábula*. También fue el primer editor de las obras completas de uno de los mayores escritores de la España de Carlos III, José Cadalso, que aparecieron en el año 1818. Sin embargo, su obra más sobresaliente, editada un año tarde, fue su *Vida de Miguel de Cervantes, escrita e ilustrada con varias noticias y documentos inéditos pertenecientes a la historia y a la historia de la literatura de su tiempo*. Si el largo título denota bien a las claras el espíritu investigador y recopilatorio del autor, la biografía (libre de las críticas hechas a la edición del *Quijote* del año 1819) representa un hito en la bibliografía cervantista, un paso más allá en la recuperación del gran escritor del Siglo de Oro, el siguiente jalón después de la espléndida *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra* de Gregorio Mayans publicada en el siglo anterior (1737). Un hito por la sistemática utilización de archivos para asentar los datos mal conocidos y exhumar otros nuevos, por el riguroso trabajo realizado y por la pulcritud de su prosa científica (aunque no por la ordenación del material en una narración que aparece como discontinua e interrumpida por una excesiva proliferación de incisos, notas y anexos), aunque de todos modos puede aceptarse la afirmación del propio autor de «haber dado tanta luz y novedad a los sucesos de Cervantes que parece la vida de otro sujeto diferente si se compara con las [biografías] anteriormente publicadas».

Obras históricas

Sin embargo, como es bien sabido, Martín Fernández de Navarrete es ante todo un especialista en la historia marítima. Ello no le impidió, no obstante,

dedicar su discurso de investidura como académico numerario de la Real de la Historia (pronunciado en las juntas de 1815) a una temática alejada de sus intereses principales e incluso de su ámbito cronológico de estudio, aunque sin perder de vista tangencialmente sus más constantes intereses: la *Disertación histórica sobre la parte que tuvieron los españoles en las guerras de Ultramar o de las Cruzadas y cómo influyeron estas expediciones desde el siglo XI hasta el XV en la extensión del comercio marítimo y en los progresos del arte de navegar*.

La historia marítima y la historia de los descubrimientos

La mayor parte de la obra historiográfica de Martín Fernández de Navarrete está consagrada a la historia marítima y a la historia de los descubrimientos y vinculada a sus años de trabajo para la Real Academia de la Historia. Así, ya en su presentación para una plaza de supernumerario en la Real Academia de la Historia en el año 1800 entregaría un texto extraordinario pese a su brevedad (contrapuesta a la prolijidad del título), el *Examen de la relación de Lorenzo Ferrer Maldonado sobre el descubrimiento de Anián y noticia de las principales expediciones hechas en busca de aquel paso de comunicación entre el Océano Atlántico y el Mar del Sur*. En su disertación —aprobada por el censor de la institución y por un experto revisor, el famoso ilustrado catalán Antonio de Capmany y de Montpaláu—, el marino y futuro académico desmontaba con argumentos irrefutables las supercherías del aventurero Lorenzo Ferrer Maldonado (1550-1625), falso descubridor del inexistente paso del Noroeste (tal como reivindicó en su escrito *Relación del descubrimiento del Estrecho de Anián*, de 1609), además de alquimista que se presentaba en posesión de secretos tales como el de la «clavícula de Salomón» —una variante de la piedra filosofal para la transmutación de metales en oro— o como el del cálculo de la longitud en alta mar, que solo se produciría —y a costa de ímprobos esfuerzos— más de un siglo más tarde.

En el mismo año, ya como académico supernumerario pronunciaría —y publicaría dos años más tarde— su *Discurso sobre los progresos que ha tenido España en el arte de navegar*, una temática que, como hemos visto, retomaría parcialmente en su discurso de investidura como académico numerario en 1815.

Sin embargo, fue en ese mismo año de 1802 cuando publicó, a cargo del Depósito Hidrográfico de Madrid, la primera de sus obras mayores. Se trata de la *Relación del viaje de las goletas Sutil y Mexicana al reconocimiento del estrecho de Fuca*. Un texto que refería la expedición desgajada de la dirigida por Alejandro Malaspina y puesta al mando de Dionisio Alcalá-Galiano y Cayetano Valdés, y que se presentaba como introducción a la reelaboración de la disertación que le había servido para su presentación a la plaza de supernumerario, ahora con el título de *Noticia histórica de las expediciones hechas por los españoles en busca del paso del Noroeste de la América. En la que*

con abundantes datos históricos se vindica las glorias de España que inútilmente tratan de empañar injustos y envidiosos extranjeros. El subtítulo no deja lugar a dudas sobre las intenciones del autor de difundir las gestas marítimas hispanas, que consideraba sumidas en el olvido por obra de la malevolencia de otras potencias, aunque en realidad su desconocimiento provenía de la incuria de los propios responsables españoles de conservar y divulgar su rico patrimonio histórico.

Sin embargo, al margen de estos escritos singulares, fruto en su mayor parte de sus obligaciones como académico, comprender su monumental obra en este campo exige enfrentarse con sus grandes recopilaciones documentales. Y así, hay que empezar con su famosa *Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XV, con varios documentos inéditos concernientes a la historia de la marina castellana y de los establecimientos españoles en Indias*. Aparte de su esforzada labor de localización de fuentes inéditas sobre las exploraciones españolas en Ultramar, al menos hay que subrayar, siquiera sea sintéticamente, algunos rasgos que otorgan todo su valor a su trabajo. Por una parte, Martín Fernández de Navarrete trata, si no de sustituir una historia construida hasta ahora sobre la lectura de las crónicas, sí al menos de privilegiar una historia basada esencialmente en documentación manuscrita. Y, por otra, el gran investigador no es nunca un simple recopilador y copista, sino un intérprete certero de las fuentes manejadas, como había demostrado en su lúcido análisis de la biografía y la memoria de Lorenzo Ferrer Maldonado. Y así, su obra se publica en cinco volúmenes: los dos primeros aparecidos en 1825, el tercero en 1829 y los dos últimos en 1837. El tomo primero contiene una sucinta *Historia de la Marina Española* y los documentos de los cuatro viajes de Cristóbal Colón. El segundo es una colección diplomática relacionada esencialmente con el Almirante de la Mar Océana. El tomo tercero se dedica a los llamados Viajes Menores, a los viajes de Américo Vespucio y a las poblaciones del Darién. Finalmente, el cuarto y el quinto se consagran a las expediciones al Maluco, al primer ciclo de la presencia española en el Pacífico antes de las exploraciones de Filipinas y de la búsqueda de la *Terra Australis*.

La inmensa capacidad de trabajo de Martín Fernández de Navarrete, que no dejó de escribir y de dirigir proyectos hasta los últimos días de su vida, permite disponer de algunas obras aparecidas póstumamente, como su *Dissertación sobre la Historia de la Náutica y de las ciencias matemáticas que han contribuido a su progreso entre los españoles* (publicada en Madrid en 1846) y, sobre todo, los dos tomos de su *Biblioteca Marítima Española*, revisados por su ayudante Agustín Pérez Lerma y aparecidos también en Madrid en 1851. Del mismo modo, antes de su desaparición, había puesto en marcha — junto con sus colaboradores Miguel Salvá y Pedro Sainz de Baranda— otra herramienta esencial para la investigación historiográfica: la también justamente celebrada *Colección de Documentos Inéditos* (CODOIN) para la *Historia de España*, cuyo tercer tomo se le pudo enseñar ya moribundo y ante

el cual todavía pudo exclamar: «Trescientos habrían de ser y que los viera yo en mi librería porque sin estas publicaciones nunca tendríamos historia de España». Un declaración de confianza en las fuentes históricas, un homenaje al investigador riguroso.

Y un ejercicio final permite ampliar el horizonte de una obra monumental. La Colección Fernández de Navarrete, custodiada por el Museo Naval de Madrid, consta de 45 volúmenes de manuscritos. De ellos, treinta y dos constituyen el cuerpo principal (derroteros, relaciones de viajes y descubrimientos, instrucciones y ordenanzas, sucesos marítimos en la Europa del siglo XVI, navegaciones y combates, asientos y proyectos, asuntos varios y pesca, despachos e instrucciones, expediciones y combates, descubrimientos de Indias, flotas, corsarios, corsarios en el Mar del Sur, defensa de puertos en América, asuntos varios, relaciones de batallas y, finalmente, descubrimientos en general), mientras que los trece restantes se dedican a diversas piezas de correspondencia de los siglos XVI y XVII (cartas a los duques de Medina Sidonia, el marqués de Santa Cruz y don García, don Pedro y don Fadrique de Toledo) y unas relaciones relativas a don Juan de Austria. Su consulta se ve facilitada en primera instancia por el índice elaborado en 1946 por Vicente Vela y prologado por Julio Guillén. Actualmente se dispone además de la reproducción facsimilar en 40 volúmenes realizada por la editorial Kraus-Thompson, en Liechtenstein, en 1971.

Balance

Martín Fernández de Navarrete fue un marino doblado de historiador, un historiador de la Marina —y de muchas otras temáticas, como fruto de su inquietud intelectual—, un ilustrado del siglo XVIII y un liberal moderado del siglo XIX, que solo experimentó incomodidad durante el paréntesis de la dominación francesa bajo el reinado de José I y que se sintió más en su medio consultando e interpretando documentos, dirigiendo proyectos para la conservación y el estudio del patrimonio histórico español y redactando obras históricas a partir de las fuentes que él mismo había sabido reunir, que no asumiendo papeles de contenido abiertamente político, aunque aceptase un buen número de cargos, la mayoría más honoríficos que efectivos. Su obra ha gozado de numerosos reconocimientos de sus contemporáneos y de los profesionales que han venido luego para admirar sus trabajos a favor de la historia y beneficiarse de ellos.

En la necrológica que le dedicó Luis de Villanueva en el *Semanario Pintoresco Español* se podía leer su semblanza ideológica de liberal conservador:

«Era, entre nosotros, una planta exótica, un hombre que, perteneciendo en realidad a la sociedad antigua personificada en él, era entre nosotros un recuerdo vivo de nuestras glorias literarias y una estatura majestuosa y rica que, en medio de nuestra arruinada sociedad, miraba como la roca de los mares, con ánimo tranquilo, el furor de las olas y la violencia de los aquilones revolucionarios».